

DEL BUEN TIEMPO VIEJO  
LOS CARNAVALES DE 1908

Al Alcalde Municipal de la Habana, Dr. Antonio Beruff Mendieta

En 1908 ya el doctor Antigua triunfaba con sus píldoras homeopáticas, tan admiradas por los enfermos indolentes. En 1908 ya el doctor Miguel de Marcos escribía sus bellos artículos con prosa que evocaba la genial figura de Eca de Queiroz. En aquel año ya nuestro Mario Lescano Abella figuraba en el periodismo habanero y enviaba interesantes interviews a «El Figaro». En aquel inolvidable año de 1908, Antonio Beruff Mendieta y el cronista jugaban alegres y confiados en el Paseo de Martí, contando apenas ocho años de edad, vigilados solícitamente por sus manejadoras, que, por la amplitud de sus cuerpos, más bien daban la impresión de suculentas crianderas. El hoy Alcalde de la Habana, en brazos de su niñera, contemplaba absorto los paseos de Carnaval. Acaso, por conservar en su mente los bellos recuerdos de la infancia, sea el más responsable de que el pueblo habanero disfrute de vistosos y alegres paseos carnalescos. Por la gratitud que le debe nuestro pueblo al joven y bien querido Alcalde, hemos desempolvado de nuestro archivo las páginas que evocan el Carnaval celebrado en La Habana en 1908, que fué uno de los más brillantemente efectuados en nuestra capital.

En Febrero de 1908 se organizaron diversos actos para festejar la llegada del dios Momo. El primer domingo estuvo muy animado el paseo. Fué roto el hielo de la indiferencia, rayana en hostilidad, que antes se oponía a su éxito, y con los distintos y valiosos premios acordados, merced a las loables y fecundas iniciativas de la Comisión de Festejos, fué el Carnaval del mencionado año algo así como una resurrección alegre y bella. La nota del primer día de los festejos fué el concurso de carrozas artísticas. Para juzgar imparcialmente su éxito, era preciso tener en cuenta el carácter esencial de ensayo y estímulo que encerraron las fiestas de 1908. La Comisión de Festejos tuvo el acierto de ofrecer el aspecto artístico y suprimir, hasta donde fué posible, sin brusquedades contraproducentes, todo lo que significaba grosería y estulticia—que fueron notas predominantes en los últimos años.

Las carrozas que se presentaron al concurso fueron, en total, nueve, reveladoras de un refinado gusto. El primer premio correspondió a la carroza de la agrupación «Obreros de las Palmas de la Gran Canaria», que representaba la nao «Santa María», tripulada por dieciséis niños en trajes de época.

El segundo premio lo obtuvo la que representaba una enorme jicotca con una gran máscara, y un trono donde iban varias señoritas con trajes carnalescos.

El tercer premio fué adjudicado al estimado caballero Francisco Carballo, propietario del gran jardín «El Fénix». La carroza que presentó el señor Carballo representaba un cisne, y fué objeto de cálidos elogios, según la opinión de gran número de personas, debió merecer un premio de mayor valía.

En el «break» del señor Conill, precedido de una escolta de honor formado por conocidos jóvenes, recorrieron el paseo la Reina del Carnaval y las Damas de Honor. La multitud aclamó repetidas veces, a su paso, a la graciosa soberana y a sus bellas compañeras. Al séquito real se incorporó un grupo numeroso de jinetes, montados al estilo criollo, a cuyo frente iba el bien querido y muy simpático caballero Colín de Cárdenas.

El jurado estaba constituido en una espaciosa tribuna situada en el Malecón, frente a la calle de Genios, y allí estaban el Alcalde Municipal en unión de su distinguida familia, numerosas representaciones del elemento oficial y la prensa habanera.

El desfile del inmenso concurso en todo lo largo del paseo congregado, fué realmente brillante. La Naturaliza se asoció al júbilo del pueblo habanero y una tarde excepcionalmente espléndida dió colores y matices al vistoso desfile carnalesco. Desde los amados días de las fiestas conque solemnizó nuestra tierra su entrada en el concierto de los pueblos libres, no se vió en La Habana mayor concurrencia ni mayor animación que en la tarde del día primero de los festejos de Carnaval en 1908.

Entre los edificios iluminados fué objeto de calurosos, merecidos elogios, el palacio del «Diario de la Marina».

Los Parques y los Paseos lucían brillantes y por ellos discurría, alegre y regocijada, inmensa muchedumbre.

Todo, en suma, correspondió a las esperanzas de los iniciadores y propagadores de las fiestas de la estación invernal en el primer día.

De las casas particulares merecieron especial mención la hermosa residencia de los distinguidos esposos señora Josefina Herrera y el señor Felipe Romero.

El amplio portal estaba hecho un encantador jardín, con sembrados, arbustos y plantas cuajados de luces.

Allí, entre flores y estrellas, es donde únicamente parecía estar en su centro matrimonio tan simpático y elegante.

Con razón todos los que vieron la casa señorial de los esposos Romero, no tenían más que frases expresadoras de admiración y cariño por esos felices de la vida que sólo saben, por el «no se qué» que de ellos emana, despertar sentimientos de efusiva simpatía en todas las clases de nuestra sociedad.



La noche de ese día, en el popular Parque de Jesús María, se verificó el acto de designarles padrinos o madrinas a las farolas nuevas de las comparsas que todos los carnavales habaneros prestan tanto animación a las fiestas y le dan el necesario y simpático carácter popular.

La fiesta resultó muy lucida y muy pintoresca. Las principales de todas: «El alacrán grande», «El alacrán chico» y «Los chinos buenos». Las madrinas de las nuevas, magníficas farolas, fueron las bellas señoritas Julieta Núñez y Margot de Cárdenas, hijas de los señores Gobernador Civil y Alcalde Municipal.

La otra farola fué apadrinada por el señor Manuel de Cárdenas, secretario particular del Alcalde.

Después del acto, las comparsas del «Alacrán grande» y la de los «Chinos buenos» ejecutaron sus bailes, evoluciones que merecieron muchos aplausos de los espectadores.

El coche de las manolas, fué, justamente, premiado. Eran éstas, bellas señoritas de la buena sociedad. Consistía el primero en una pulsera de brillantes. Rifada entre las donairas manolas, tocó en suerte a la señorita Mercedes Lezama.

El premio ofrecido a la máscara «a pie», le fué otorgado a la «bella Circasiana», señorita Sara Chico, madriña espiritual. Trabajo le costó a la linda niña conseguir el anhelado premio. Pero al fin lo obtuvo y la alegría rozó con sus alar la frente blanca de la «bella Circasiana».

Y si no premios, aplausos alcanzó y celebraciones de todos los concurrentes la garrida, apuesta amazona de sombrero cordovés. Era la popular y simpática «Malagueñita».

Y el «pueblo cubano», personificado muy propiamente por el niño Inocencio Bello, de sólo cuatro años de edad, logró un águila americana de veinte pesos,—premio particular de la Comisión dado por el caballero Alcalde señor Julio de Cárdenas.

Y por la noche, el jurado compuesto de los señores Cárdenas, López Pérez, Pichardo, Saavedra, Mendoza y Salas, recorrió en automóvil la población para dictar su fallo. El premio fué concedido por unanimidad, al «Diario de la Marina». Espléndida lucía la fachada del elegante palacio del decano de la prensa habanera.

El jurado, que subió a la residencia particular del señor Rivero, fué recibido por su amable familia, pues el gran maestro de periodistas estaba en esos momentos al lado del lecho de dolor de su eminente compañero, el inolvidable señor Curros Enriquez.

Muy obsequiado, con el fausto en aquella casa proverbial, fué el Jurado en la casa del señor Rivero, donde imperaba la bondad de una distinguida señora.

Y pasó animado y alegre el segundo día del carnaval.

El tercer día estuvo brillante el paseo. El concurso de automóviles despertó inusitado entusiasmo. Publicó «El Figaro» fotografías de las má-

quinas premiadas, adornadas preciosamente. En el de Manuel María Coronado se veía la mano cuidadosa y experta de su esposa, la señora Amelia Castañer, a cuyo buen gusto se debió, en efecto, la presentación artística del magnífico automóvil de su propiedad. También alcanzaron el premio ofrecido los de los señores Luis Marx, Guillermo del Toro propietario del hotel «Telégrafo» y Gustavo Bocky, ocupados por bellas damas y damitas encantadoras.

En el concurso de balcones mejor adornados alcanzó el premio, muy merecido ciertamente, el de la casa del talentoso periodista señor Eduardo Dolz, que figuraba un patio sevillano. Hija su bella señora de la tierra andaluza, puso en el arreglo del balcón de su casa todo el amor y la ternura toda que guarda siempre para el no olvidado terruño, y unido a su exquisito buen gusto, realizó la feliz idea de modo admirable, dando lucimiento y brillantez a los festejos invernales. Mantones de Manila, cuadros de asuntos sevillanos, a la manera de Goya, tapices moriscos, parras diversas, todo, en suma, daba una idea, y era remedo excepcionalmente apropiado, de alguno de esos patios sevillanos que describió, con pluma inimitable Fernán Caballero.

Un grupo de señoras y señoritas de la mejor sociedad ocupaba la terraza llezas artísticas de aquel típico decorado. Fué el balcón sevillano una novedad del mejor gusto.

Entre los balcones mejor iluminados obtuvieron, por igual, el primer premio, los de la casa del señor Coronado—que lucía precioso—y el de la joyería «Versailles», de los señores Vázquez, Bravo y Compañía. Entregóse el premio—consistente en una soberbia copa de plata, adquirida en la magnífica joyería «La Acacia»—al señor Coronado, y 250 pesos oro americano, también como primer premio, a los dueños del suntuoso «Versailles». Estos señores destinaron dicha suma a la Reina del Carnaval y a sus Damas de honor. Rasgo hermoso, como hermosa fué la preciosa iluminación de su joyería.

Entre los señores de la Comisión de Festejos se acordó una suscripción para favorecer con sus productos a las bellas y graciosas obreras—que por las fiestas dejaron de percibir sus modestísimos haberes en los talleres donde trabajaban—y que fueron soberanas todas, Reina y Damas de Honor, en aquellos festejos invernales.

Los «trovadores gallegos» fueron otra de las notas artísticas de los carnavales. Trajeados muy propiamente, fueron por doquiera, muy celebrados y muy aplaudidos. Galicia tiene, por las melancólicas ternuras y por las nostálgicas tristezas de sus hijos, junto con las bellezas naturales de su suelo, analogía grande con nuestra tierra. Por eso, tanta simpatía despertaron los «trovadores» de la «Suiza española». Sus cantos fueron muy aplaudidos. En las redacciones de los periódicos y en las sociedades regionales los atendieron y obsequiaron.

*Avance  
Marzo 4/38*

